

25 CENTS.

BARCELONA, 13 ENERO 1900

NUM. 36

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 13 ENERO 1900

NÚM. 26

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS \* 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE \* PORTUGAL 60 REIS

## REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor **LADIVONSIM**

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflije a la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

**DE VENTA:** En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

ÚNICO AGENTE EN ESPAÑA:

Bailen, 85, 1.º, 2.º—BARCELONA



## LA LEYENDA DE LOS CIELOS

POR

DON JOSÉ COROLEU

47 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadrada con tapas especiales, 57 ptas.



## CUENTOS ESCOGIDOS

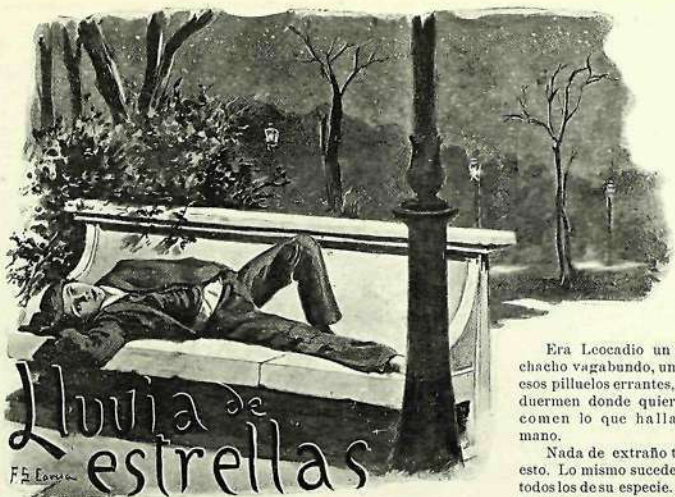
POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid





Era Leocadio un muchacho vagabundo, uno de esos pilluelos errantes, que duermen donde quiera, y comen lo que hallan á mano.

Nada de extraño tiene esto. Lo mismo sucede con todos los de su especie. Mas los tales desamparados casi

siempre suelen caer de padres, porque se les han muerto, ó porque nunca los conocieron. A Leocadio le vivían, y muy sanos y honrados. Y era, sin embargo, Leocadio un perfecto perdido.

Amaba la libertad de la calle, y detestaba la prisión del hogar. Bien es verdad que el hogar paterno de Leocadio era el hueco de una escalera. Sus padres eran porteros. Leocadio hubiera querido ser hijo de águilas, para volar por los espacios. Gustábanle hasta el delirio la luz y el aire. Y sabido es que estas cosas se pagan muy caras. La independencia se obtiene á trueque del hambre.

Yo lamento que los padres de mi protagonista no fueran unos malvados. Resultaría más simpático el chico. Frases de alimbar y lágrimas de piedad derramaría yo entorno suyo. ¿Qué he de hacerle? Mi instantánea sorprendió este tipo maniobrando en la realidad. Y no era, á semejanza de los de su clase, un pillote sucio, astroso y deslenguado. Mostraba educación, cara limpia y ropa cosida. Se lavaba, al amanecer, en la fuente primera que encontraba. Se cepillaba, sacudiéndose con la mano el vestuario. Jamás se arrastraba por el suelo. Era un perdelario digno. Y aunque á veces el pelo caía en guedejas desiguales por la frente y el cuello, como era negrísimo y lustroso, antes le agradecía que le desfavorecía.

Poseía el muchacho vivo magín. Se le veía en todas partes donde «había algo». Recreábase en los espectáculos hermosos. Si se celebraba función en un templo, allí estaba; si se pasaba revista militar, allí se le descubría; si se verificaba un entierro fastuoso, allí se le volvía á encontrar. A la salida de la gente en los teatros; á la entrada de una boda en una fonda; entre el correcto desfile de coches y personas por la Castellana; entre los bulliciosos grupos en la Puerta del Sol; donde quiera que hubiera algo grande, alegre ó entretenido, no faltaba Leocadio. Díjérase que sin él no podía hacerse la vida madrilifeña. ¿Pensamientos de robo? ¡Jamás! No es que él concediera mucha importancia á la propiedad. No eran para él los ricos de mejor calidad que los pobres. Las personas opulentas disponían de más fáciles medios para comprar ciertas dichas; pero nada más. Dábale miedo el robo, porque lo conceptuaba como una humillación seguida de un castigo.

Más, adoraba la riqueza porque era cosa grande, poderosa, espléndida. ¿Cómo la adquiriría? Se la prometía llovera del cielo. Leocadio era un soñador. Ya veis como Leocadio no se parecía en nada á los pillos de su género. Soñaba, si, soñaba mucho. Y (rara circunstancia!) soñaba, más que en la tierra, en las estrellas. De noche, cuando se tendía boca arriba, para dormirse sobre cualquier banco de piedra, y clavaba los ojos en la silenciosa inmensidad celeste, concluía por sentir un terror infinito. Cerraba los párpados, y pensaba, pensaba, enlazaba sueños con recuerdos, y, al fin, tras largo cavilar, se volvía y escupía con desdén al suelo. Ahora bien, llegó una Noche Buena.

Leocadio quiso celebrarla aquel año al aire libre, lejos de la portería. Ya era entrado Leocadio en los once años. Las aventuras nocturnas, más que arredrarle, le seducían.

Mal día de limosna fué aquél. Nadie se acordaba de nadie, atentos todos á las compras para la tra-

Ayuntamiento de Madrid

dicional cena. Echóse encima la noche, sin que Leocadio probase Locado. Vagaba el muchacho á la ventura, deteniéndose con envidiosa fruición ante los repletos escaparates, y pasaba adelante, murmurando de trecho en trecho:

—¡Un centimito! ¡No he comido en todo el día!

Abrióse la puerta de una taberna, y un torrente de alegre algazara llegó á oídos de Leocadio, inundándole el alma de regocijo.

Se acercó el vagabundo á aquel lugar hirviente de fiesta, y alguien le llamó.

Obedeció Leocadio. Apenas tuvo tiempo de poner su encogimiento á la altura del bullicio circundante, cuando ya en su boca sintió vasos henchidos de vino.

Era llamado de todas partes, convidado en todas las mesas.

¿Caridad? No, nada eso. Era que su pergenio había caído en gracia á aquella legión de beodos, frenéticos festejantes de la buena suerte del tabernero, agraciado el día anterior con uno de los premios mayores de la lotería. Y tan frecuentes y copiosas fueron las libraciones, que, cuando ya cerraba la taberna, Leocadio volvió á encontrarse solo en la calle, pesándole los pies como plomo, se dejó caer al pie de un árbol. No era noche de nieve. La nieve, en esta Noche Buena había falta-

do á lacita tradicional, para cubrir los techos de blancura, y para sepultar en su sudario á los niños abandonados por los caminos. Leocadio no tuvo el consuelo de acostarse en este lecho conmovedor esa noche. Pues era la tal, serena y despejada, con luna llena y millares de luceros.

Largo rato estuvo mirando para arriba. ¡Qué hermoso era el cielo! ¡Era más hermoso que la tierra! Y Leocadio escupió al suelo en señal de desprecio, según costumbre suya. Mirando, mirando hacia arriba, observó Leocadio un fenómeno extraño. Las estrellas se desprendían de las alturas, y caían, caían como gotas de agua, pero de un agua brillante, luminosa, sonora. No cabía duda. Aquello era una lluvia de estrellas. Pero, las estrellas, al chocar en las aceras, se convertían en algo metálico, algo parecido á monedas. En efecto,

las estrellas se trocaban en monedas de oro. Lanzóse Leocadio sobre aquel inesperado tesoro, y á puñados se llenó los bolsillos. Se hizo rico en un instante. Habiase realizado uno de sus sueños. Su alma se inundó de alegría, y quiso festejar su contento. Se dirigió á varias tiendas para mercar golosinas. Pero en ninguna parte eran aceptadas las estrellitas del cielo. Eran unas monedas que no tenían curso en el comercio mundano. Leocadio recorrió con su tesoro, durante tres días, todas las tahonas, todas las tiendas de carne, y en ninguna parte pudo comprar su sustento. Rico, riquísimo, á la noche siguiente se tumbó en el suelo, y, extenuado, muerto de hambre y transido de frío, desengañado de esta miserable vida, el vagabundo pidió al sueño eterno el pasaporte á otro mundo donde pudiera adquirirse un menudrugo de pan á cambio de un puñado de estrellas, esto es, de ilusiones enviadas por Dios al oscuro cerebro del pobre. Al otro día, Leocadio amaneció muerto, como un perro, en medio del arroyo. En sus manos había un ademan que amenazaba, en su boca una mueca que lloraba, en sus ojos una luz que sonreía.

JOSE DE SILES







CELOSA

Ayuntamiento de Madrid

## EL TESORO DEL AVARO

Por su insaciable sed de oro,  
mandado por el Eterno,  
un avaro fué al Infierno  
cargado con su tesoro.

Presentóse ante Luzbel,  
y porque se arrepintiera,  
lo metió en una caldera  
y á su tesoro con él.

Y el réprobo rey, severo,  
al dejarle allí recluso,  
bajo el dominio lo puso  
del señor Pero-Botero.

El cual, severo á su vez,  
brea en la caldera echando,  
y el fuego horrible atizando  
lo freía como á un pez.

En aquel antro infernal  
un siglo estaría apenas



padeciendo duras penas,  
mas sin soltar su caudal,  
cuando Luzbel por saber  
si, arrepentido el malvado,  
abominaba el pecado,  
le mandó comparecer;

y una vez en su presencia  
del tormento lo libró  
y sonriendo exclamó  
fingiéndose tener clemencia:

— Como tus penas deploro  
libre te verás del fuego  
infernál, si desde luego  
renuncias á tu tesoro.

Y el avaro hecho una fiera  
repuso al punto: — ¡Jamás!  
¡Vade retro, Satanás!  
¡Zambúlleme en la caldera!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

(Dibujo de Gascón)



# EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD DE AVICULTURA



REGALO DE S. M. LA REINA REGENTE Á LA SOCIEDAD DE AVICULTURA



INSTALACION DEL CUERPO DE INGENIEROS



1.ª INSTALACION VISTA DE FRENTE



VISTA TOMADA DESDE EL FONDO

Ayuntamiento de Madrid



BOTE AL AGUA

Ayuntamiento de Madrid







# Perico el filósofo

Era Perico filósofo á su manera, y aunque según confesión propia jamás tuvo trato con Santo Tomás ni con Bacon ni fué de la intimidad de Schopenhauer ni Kraus, lo cierto es que mi hombre, por su manera desery de pensar, resultaba un tomo de filosofía con encuadernación de lujo.

Porque eso sí; Perico, á pesar de toda su filosofía, vestía muy bien y se presentaba siempre como un elegante que era, lo que prueba, que-

rído lector, que la filosofía no está reñida con el agua, como antiguamente se creía, ni aun con la moda.

Recuerdo en este momento cien anécdotas de la vida de Perico que revelan al filósofo, no se si idealista, sensualista ó materialista ó de algunas de esas otras escuelas que en este último siglo se han creado para perturbación de cerebros exuberantes de fósforo y ansiosos de novedades; pero de entre todos ellos voy á citar una que viéneme como anillo al dedo por su *profundidad y dimensiones* para emborronar las cuartillas indispensables á este artículo, cuento ó lo que sen.

Perico estudiaba leyes más por lujo que por necesidad, cuando tuvo la desgracia de que su padre, célebre agente de Bolsa, se equivocase en una jugada, y empeñado el hombre en subir diera tal bajonazo que hubo de vender hasta el fondo de las Cubas, que para sí guardaba, por quedar como bueno con sus clientes.

Claro es que después de este desastre la familia de Perico pasó del lujo á la más triste de las modestias, y nuestro amigo se vió en el caso de dejar las Partidas del Rey Sabio para enredarse con la partida doble que es menos sabia y menos profunda; pero, que en cambio, suele dar más prontos y aun seguros rendimientos.

—Después de todo,—dijese Perico,—sólo había de ser en la abogacía un mediacuchara, luego si consigo ser tenedor de libros me encontraré con un ascenso.

Y se despidió del Derecho para ir sin torcerse á las reglas de tres más ó menos simples.

Quiso en esto la fatalidad que el agente de Bolsa, filósofo clasificado y partidario ardiente de la escuela sensualista, se levantase una mañana con ánimo de filosofar y se hiciese *in continenti* las siguientes reflexiones, en armonía perfecta con su sistema filosófico:

—El espíritu es una quimera. En el cuerpo humano no hay más que órganos, á los cuales se atienen las sensaciones. He perdido ya los medios de obtenerlos gratos á los sentidos, luego, ¿para que prolongar la existencia? Que hablen los idealistas de la ley natural, de ideas innatas, del sentido interior, de ese algo que dicen hay en el hombre que no le da ni la educación ni las leyes... allá ellos con sus quimeras. Yo he cumplido con mis deberes, mi honor está á salvo, nada debo ni me deben. Cesó, pues, en mi comercio y me quito de en medio.

Y sin pensarlo más se fué al Retiro y debajo de una acacia se levantó la tapa de los sesos.

Perico lloró á su padre con verdadero dolor; pero acabó por hacerse la cuenta de que cuando el autor de sus días había apelado á aquel extremo sus razones tendría para ello. La pobre viuda no tuvo la misma conformidad y acabó por seguir á su esposo dejando á Perico solo en el mundo sin más fortuna que un nombre honrado y su título de tenedor de libros.

Pero nuestro hombre era joven y se dispuso á recorrer la senda de la calma y filosofía. Los seis mil reales al año que le daban en una casa de comercio donde trabajaba doce ó catorce horas diarias, le parecían á él una fortuna; y á buen seguro que de aquel mundo habría seguido pensando sino hubiese sido por Adelina, la muchacha más bonita y más provocativa que crió en su seno de claveles y jazmines la fantástica Granada.



Se conocieron en casa de Amparito, la viudita de un coronel, mujer joven, hermosa y de circunstancias, que vivía en el piso principal de la casa de Adelina, y que, según malas lenguas, había sido propuesta para el ascenso porque un general de brigada la visitaba más ó menos asiduamente.

A la joven andaluza no le parecieron despreciables ni el tipo ni la fisonomía de Perico, y en cuanto á éste creyó ver en las pupilas de Adelina el cielo de Sierra Elvira, en la blancura de su tez, la nieve de la Alpujarra y en sus largas y negras pestañas cadenas de cautiverio para su corazón amante.

En suma, que bajo el amparo de Amparito se amaron los jóvenes durante más de seis meses sin que pudiera impedirlo D.<sup>a</sup> Gertrudis, madre de Adelina y ejemplar soberbio de la raza de viudas de comandantes del Detall, procedentes de la clase de tropa.

Pero llegó un día en que madre é hija se percataron de que el galán no tenía la posición que ellas creían, y D.<sup>a</sup> Gertrudis, que para algo había ayudado á su difunto á llevar las cuentas del batallón, echó las suyas, dándole por resultado que con los seis mil reales que Perico ganaba, no había ni para pan, y en el acto planteó á su hija la cuestión de confianza.

Perico no era un marido á la altura de las circunstancias y había que expedirle el pasaporte sin pérdida de tiempo.

Aquella noche Adelina hizo ver á su adorado la imposibilidad de seguir en relaciones y á vuelta de mil rodeos expuso á Perico la verdadera causa de la resolución, claro es que haciendo cargar toda la culpa á la buena de D.<sup>a</sup> Gertrudis.

—¿Y es sólo por eso?— preguntó Perico respirando con fuerza como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

—¿Te parece poco?

—¡Pues ya lo creo! Si no hay otra causa no dejaremos de amarnos. Te pido un plazo de dos años: seme fiel hasta que ese tiempo transcurra y yo te juro que á mi regreso de América seré un buen partido.

Parécíele de perlas á la chica esta proposición. Se juraron amor eterno, se dirigieron mil frases de cariño, y, según Amparito, que bordaba distraída en el fondo del gabinete, le pareció haber oído algo así como el ruido de un beso para final de aquella tiernísima despedida.

Y se marchó Perico á Méjico y quedóse Adelina en la corte, decididos los dos á serse fieles por lo menos durante un par de años.

Me río yo de D. Diego el de Teruel y de todos los amantes habidos si con Perico los comparo. ¡Qué vida hizo en la capital mejicana el pobre chico! ¡Qué modo de trabajar! ¡Qué abnegación para el ahorro! ¡Qué manera de pensar en su adorada y que firmeza y resolución para buscar día y noche los medios de aumentar el peso de su maleta con monedas doradas que eran para él la felicidad de mañana!

Al fin, la suerte le fué propicia. Un día compró unas acciones de minas por cuatro

cuartos y de la noche á la mañana sabieron aquellas de tal modo que Perico se encontró dueño de 30,000 pesos fuertes, con cuya suma cogió el primer vapor que salía para España más satisfecho que el Cid después de conquistar á Valencia.

Y eso que allí en el fondo de su pensamiento atormentábase de vez en cuando la idea de que acaso su Adelina no le hubiese sido fiel, idea que fundaba en que hacía seis meses no recibía carta suya; pero ¿acaso podía dudar de la fe jurada?

Con el alma rebosando dicha llegó Perico á Cádiz, tomó el primer tren y se plantó en la corte, en el paraíso de su dicha, el vergel donde había de gozar los placeres de su amor, la mansión querida de su adorada Adelina.

Mucho había sufrido, mucho había trabajado; pero la hora de la recompensa llegaba, al fin: iba á recoger el fruto de su constancia, de su fe, de su amor.

¡Qué cara pondría D.<sup>a</sup> Gertrudis cuando le viese llegar hecho un señorón, casi un indiano. Ahora



no le pondría peros y le parecería un novio completo, porque treinta mil pesos y pico es un buen partido para la huérfana de un comandante. Y ella, su Adelina, su querida Adelina, con qué alegría estrecharía sus manos, con cuánto placer vería al hombre que tuvo la abnegación de alejarse para en país extraño luchando como bueno conquistaría!

Y mientras de esta suerte discurría, Perico se hizo su *toilette* de gala para ir á pedir oficialmente la mano de su Adelina.

Eran las cuatro de la tarde cuando nuestro filósofo, de punta en blanco, abandonaba el Hotel en que se hospedaba para dirigirse á casa de D.<sup>a</sup> Gertrudis.

El tiempo estaba metido en agua: las calles hechas un barrizal.

—Tomaré un coche,—se dijo mi hombre y se dispuso á atravesar la calle para ir á una de las inmediatas donde recordaba había una parada de carruajes.

En aquel momento un magnífico *millord* tirado por dos soberbios caballos pasaba á galope. Dentro iba una mujer hermosa, terriblemente hermosa, ataviada con ese lujo provocativo de las estrellas del gran mundo.

De entre las pieles riquísimas que envolvían su busto escultural destacábase un rostro bellísimo pero provocativo é insinuante.

Bastaba mirar á aquella mujer para conocer que pertenecía al número casi infinito de las que carecen de valor para resistir las tentaciones del lujo al que sacrifican su virtud.

Perico se sintió atraído hacia aquella joven. Su hermosura le había deslumbra-do; pero ¿cosa más extraña! ¿Por qué su corazón había experimentado aquella tan grande sacudida?

El joven adelantó un paso: fijó de nuevo sus ojos en el coche, buscó en el fondo á la mujer cuya vista le fascinaba y lanzó un grito.

—¡Adelina!—exclamó.

Y como si contestasen á su exclamación, los fangales del arroyo, arrojaron sobre Perico, heridos por las ruedas del carruaje, una lluvia de lodo.

Nuestro amigo quedó inmóvil, perplejo, como si fuese una estatua, durante unos minutos.

Una nube de sangre pasó por su frente sudorosa: dos lágrimas acudieron á sus ojos; pero el gran filósofo despejó su frente pasándose por ella la mano, entre sus dedos trituro las dos lágrimas y volviendo sobre sus pasos regresó al Hotel, tomó un cepillo y mientras contemplaba las manchas grises que cubrían su levita exclamó:

—¡La verdad es que no puedo quejarme de la suerte! Estas manchas se quitan fácilmente; pero si me hubiera casado con Adelina... ¡Demonio! No quiero pensar en ello. El mundo es así y hay que conformarse con sus caprichosas leyes. Después de todo esa mujer era dueña de su albedrío. Se cansó de esperar y se entregó al diablo para que se la lleve en coche. ¿Quién sabe si ese pensamiento mismo le habría ocurrido después de devorar en seis meses el fruto de mis trabajos y ahorros!

Frotó con el cepillo las manchas y cuando vió que el barro desaparecía y el paño recobraba su negrura, púsose la levita y se marchó á la calle tan tranquilo el gran Perico el filósofo.

J. GONZALEZ FORTE



Ayuntamiento de Madrid





### NO LO OLVIDES

¿Te acuerdas? Yo, todavía,  
¡con qué placer lo recuerdo!

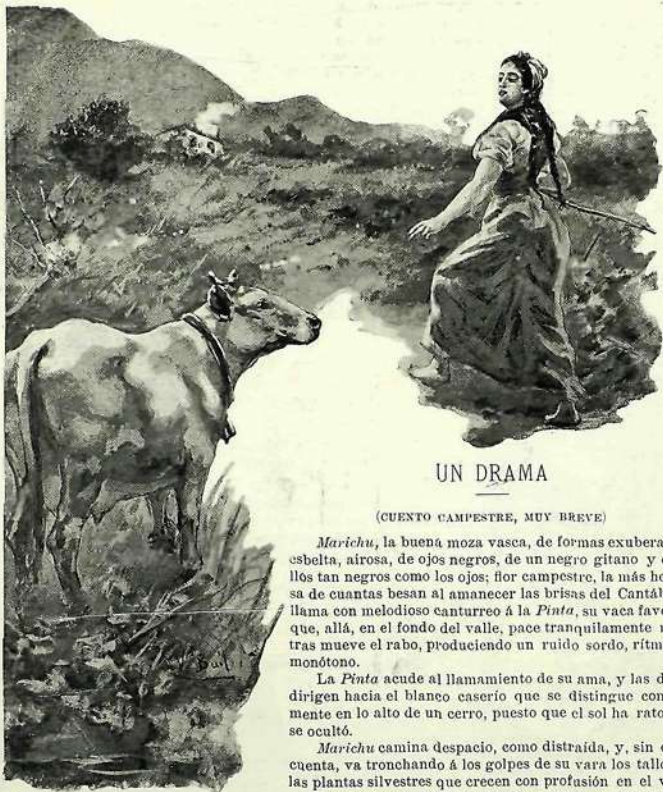
\*\*\*  
Era otoño: por la tarde,  
tu madre nos daba un cesto,  
los dos, cogidos del brazo,  
bajábamos al viñedo,  
y yo cubría de fruto  
tu falda, siempre pidiendo  
por cada rubio racimo  
otro racimo de besos.

\*\*\*  
*Y cuando ya se llenaba,*  
derribábamos el cesto.

\*\*\*  
Recogíamos las uvas  
para tirarlas de nuevo,  
muchas veces, muchas veces,  
y tirando y recogiendo  
pronto llegaba la noche  
entre sonrisas y besos.

\*\*\*  
¿Te acuerdas? Yo, todavía,  
¡con qué placer lo recuerdo!

A. ALCAZAR



## UN DRAMA

(CUENTO CAMPESTRE, MUY BREVE)

*Marichu*, la buena moza vasca, de formas exuberantes, esbelta, airosa, de ojos negros, de un negro gitano y cabellos tan negros como los ojos; flor campestre, la más hermosa de cuantas besan al amanecer las brisas del Cantábrico, llama con melodioso canturreo a la *Pinta*, su vaca favorita, que, allá, en el fondo del valle, padece tranquilamente mientras mueve el rabo, produciendo un ruido sordo, rítmico y monótono.

La *Pinta* acude al llamamiento de su ama, y las dos se dirigen hacia el blanco caserío que se distingue confundidamente en lo alto de un cerro, puesto que el sol ha rato que se ocultó.

*Marichu* camina despacio, como distraída, y, sin darse cuenta, va tronchando a los golpes de su vara los tallos de las plantas silvestres que crecen con profusión en el valle.

Es la primera tarde, desde hace muchas, que regresa

sola. Miguel, el hijo del dueño de un caserío vecino, le había dicho el día anterior: —*Marichu* mía, mi padre consiente y yo estoy decidido por el amor que te tengo. Mañana iré a la villa a jugar el partido de pelota, que será de prueba. Si tengo la suerte de vencer y agrada mi juego al empresario americano, me iré con él, aborrraré dinero y volveré pronto a tu lado para toda la vida, para no separarnos nunca; aquí, en nuestro hermoso valle, que sabe todo el cuanto te quiero.

*Marichu* andaba triste, cavilosa, porque su Miguel no era fuerte, no había nacido como los otros de aquella raza hercúlea del Norte, para los ejercicios corporales, y la pobre moza presentía que aquello terminaría mal.

Las nueve de la noche. *Marichu*, inquieta porque Miguel no vuelve, no se aparta un punto del camino, dilatando sus grandes pupilas para penetrar las irritantes sombras que envuelven a la tierra con densidad desesperante.

Un murciélago roza al pasar con sus asquerosas alas los cabellos de la joven, que supersticiosa como buena campesina, cree de mal agüero aquel rozamiento del ave nocturna...

Una hora más de espera. ¡Nada! Ella continúa inmóvil en su puesto...



Por fin, oye un ruido que se va aproximando con rapidez, y un hombre á caballo pasa al lado de *Marichu* y se detiene en el caserío. Trae noticias de Miguel. ¡Ah! Se ha portado como un bravo. Ello fué al final; nadie se dió cuenta. ¡Una lástima, una verdadera lástima!... El esfuerzo había sido superior á su resistencia, y en un momento, cuando con más ardor trabajaba, su rostro se volvió pálido, tembláronle las piernas y cayó al suelo manchando las losas con un hilo de sangre... poca cosa...

El médico ha dicho que lo salvará; pero que no reincida, porque de la segunda no responde. Tengo que dar la noticia al padre. Ayúdenme ustedes.

Todos se encaminaron al caserío de Miguel, todos menos *Marichu*, la buena moza, la de formas exuberantes, la de los ojazos negros, de un negro gitano, la flor más bella de aquel valle, que corre hacia la villa, llorando amargamente, con desesperación, lastimándose los pies, dejando entre las zarzas girones de su falda y deteniéndose á menudo para enseñar los puños amenazadores al espacio, puesto que ignora donde está la maldita América, la inconsciente ladrona de su dicha, el asno sin culpa de su Miguel...



M. MARTINEZ ESPADA.

PICARESCA, por F. Sancha



—Juanillo, ¿cuántas madres tienes?



—Yo, una.



—¿Y padres?



—¡Uuuuuuuu...!



DESPUES DEL BAILE

Ayuntamiento de Madrid

- D  
culpa  
rra á  
elara  
pleto  
tanci  
ban,  
induc  
poter  
infor  
contri

Al  
de ve  
los g  
da, p  
á fre  
dores  
so en



ASA

result  
jera  
tanci

Po  
berg,  
fusas:  
Fren  
pero  
abanc  
nuev  
blicar

Al  
esta  
dada,  
las gr  
ropa,  
da, el



## LA GUERRA ANGLO-BOER

De inconcebible imprevisión se hizo culpable Inglaterra al declarar la guerra á la República Sud-Africana, pues claramente se ve que ignoraba por completo la valía de los boers y la importancia de los elementos con que contaban, cosa que no hubiera sucedido, indudablemente, tratándose de otra potencia, por ejemplo, Alemania, tan informada siempre de los recursos del contrario.

Al propio tiempo se ha podido echar de ver que la pretendida habilidad de los generales ingleses era pura leyenda, pues en cuanto se han visto frente á frente con jefes inteligentes y conocedores del arte militar han ido de fracaso en fracaso, no siendo lo mismo ha-



COMBATE DE MODDER RIVER, ENTRE LA DIVISIÓN METHUEN Y LOS BOERS



ASALTO DE LAS CUMBRES DE LA MONTAÑA DE TULANA POR LOS INGLESES

resultaría pálido cuanto se dijera para encarecer la importancia del desastre.

Por lo que hace á Colesberg, las noticias son confusas: parece que el general French recobró dicha plaza, pero que después tuvo que abandonarla, quedando de nuevo en poder de los republicanos.

Algunas novedades ofrece esta guerra, que deberán, sin duda, servir de enseñanza á las grandes potencias de Europa, y la principal es, sin duda, el empleo de la artillería

bérselas con un Joubert, un Cronjé ó un Viljoen, que con hábiles guerreros birmanes, asantis, matabeles, chinos, mahadistas ó bechuanes.

Ello es que á la hora presente los boers continúan teniendo bloqueados á los ingleses en Mafeking y Kimberley al oeste y Ladysmith al este, habiendo sido desastrosas las tentativas para libertad á dichas fuerzas.

La expedición de Methuen á Kimberley fué un fracaso tremendo. Es verdad que pudo forzar las posiciones de los boers en la orilla meridional del Modder, y ganar la margen opuesta, pero fué para sufrir un revoleón en Spitzfontein y Maggersfontein, siendo lo peor que su línea de comunicaciones está poco menos que cortada, y la división carece de caballos. Hay que reconocer, sin embargo, que los ingleses se condujeron en dicha ocasión con admirable bravura, ya que no habían comido desde hacía 24 horas y peleaban con un calor de 52°, pues no es menester decir que en el Africa del Sur las estaciones están invertidas respecto á las nuestras.

Respecto al malogro de la expedición de Buller al tratar de libertar á White, encerrado en Ladysmith,



RECONOCIMIENTO DESDE ISTCOURT Á COLENSO EN UN TREN BLINDADO

Ayuntamiento de Madrid

gruesa, de los formidables cañones de sitio, como piezas de campaña. Semejante innovación es singular, y debe dar buenos resultados cuando Inglaterra se decide á enviar artillería gruesa al Africa, á pesar de contar ya aquellas tropas con alguna artillería naval.

Se ha observado también que si la artillería boer es superior á la inglesa en cuanto á alcance, los proyectiles huecos revientan rara vez, mientras que las granadas, botes de metralla y cohetes de los británicos producen terrible efecto siempre.

Es digno también de mención que los ingleses presten tanto cuidado á sus trenes. Cada cuatro batallones, ó sea una brigada, lleva su tren correspondiente, de lo cual resulta que componiéndose el efectivo inglés de unos 70,000 hombres, más de 10,000 son no combatientes, por tener que estar al cuidado de los trenes, para cuyo arrastre se emplean 11,000 caballos, 12,000 mulos y muchos miles de bueyes. Por no llevar tren Lord Methuen se encontró con la tropa sin comer después de pasado el Modder.

Es asimismo muy especial la composición de ambos ejércitos: en el británico forman tropas de las cinco partes del mundo: anglo-escoeses é irlandeses, canadienses, fuerzas de la India, fuerzas de las colonias de Australia é indígenas africanos; bajo las banderas de los boers, pelean éstos, juntamente con escandinavos, alemanes, franceses y *afrikanders*, de origen holandés.

En un principio era de creer que las ventajas de los boers serían transitorias, y que en cuanto llegasen refuerzos cambiaría de faz la guerra, pero todo indica que es ya imposible pensar en la victoria de la Gran Bretaña. Aun en el caso de conseguir que los boers dejasen libres las plazas que tienen sitiadas, la invasión de las dos repúblicas sería empresa más que difícilísima, pues los transvaalo-oranjistas han cubierto sus fronteras de formidables fortalezas perfectamente artilladas.

Todo induce á creer que al fin y á la postre tendrá que deponer Inglaterra sus arrogancias y aceptar la mediación que ofrezca cualquier potencia. Inglaterra tiene mucho que perder y no puede distraer sus fuerzas, pues los fenianos la amenazan por el Canadá y los franceses pueden atacar desde Argelia la Nigeria, si acaban pronto el ferrocarril de trans-sahariano.

ALFREDO OPISSO



LOS BOERS DISPARANDO CONTRA EL TREN DEL GENERAL FRENCH EN EL FERROCARRIL DE DURBAN



¡Si yo fuera alcalde ponía una contribución sobre las carnes que ya sacaríamos dinero!



Cacerías nocturnas

Ayuntamiento de Madrid

EL FIN  
El reino  
la cigüeña  
ja, el enba  
del pintor;  
que, la gri  
sos, la pal  
copeta, el  
los barcos  
maestro, li  
no, el rata  
ariete (de o  
te; la curv  
ta de gaus  
fuente; el p  
ojos de gal  
los del ac  
montaña; i  
gos de los  
albañil; el  
del tejado,  
gavilanes  
de la farr  
el pico de  
los caballe  
la patolo  
conchas qu  
el moscatr  
la perra, y  
to. D. Jua  
lano un tol  
tiene entre  
ne la cabe  
canta com  
un ruiñe  
de caballo  
nadaba ce  
para; Esp  
una olla d



# PEPITORIA

EL TONCATERINO Y LA NATURALEZA

El reino animal nos proporciona la cigüeña del torno, la vela cangreja, el caballo de fuerza, el caballote del pintor, el serpiente del ambiente, la grúa (grulla) de levantar pesos, la palomilla, el gallo de la escopeta, el gato de la artillería y de los barcos, la mano de gato del maestro, la cola del Banco ó del piano, el rata, las alas del sombrero, el aríete (de aries, carnero); el martinet; la curva de cuello de cisne; la pata de ganso de la sien; el grifo de la fuente; el pie de cabra; el pie y los ojos de gallo; el golondrino; el espón del acorazado; la cresta de la montaña; el burro del torno; las galgas de los zapatos; el galdapago del albañil; el fejo de oro; el gallo (viga) del tejado, el pico del jornalero, los gavilanes de la espada, los óvulos de la farmacia, la pluma de agua, el pico de las tazas, el espararar de los caballos, el cáncer (cangrejo) de la patología; el hombre con más conchas que una tortuga; el zángano, el moscardón, el congrio, el perche, la perra, grande ó chica, el cernecla, D. Juan es un zorro viejo; D. Fulano un lobo marino; D. Hermógenes tiene entrañas de tigre; Arturín tiene la cabeza de chorlito; Menganiño canta como un aússente; la Patti era un ruitchor; Perico tiene una fièvre de caballo; Peco alzó el gallo; el otro nadaba como un pato; Ana es una perra; España está convertida en una olla de grillos y en una charca de

## MODAS



FALDA DE PAÑO

## Problema de ajedrez núm. 18

POR C. M.



Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

ranas; Felipe sudaba como un pollo; D. Francisco siente hormigueo en las manos; Juan es fuerte como un toro; Mariano es ágil como una ardilla y ligero como un gamo; Gertrudis tiene hambre canina; D. Francisco demuestra la sobriedad del camello y Práxedes vive más que un cuervo; este señor tiene un estómago de acedrez.

Zutano duerme como un lirón; la Alifonsa es ladrona como una urraca y lúgubre como una lechuza; Pincho es tozudo como una mula; Raimundo torpe como un topo; Carlos tiene la risa del conejo; Gustavito mira con ojos de carnero moribundo; Rosalía charla como una cotorra; Emilia es más ligera que la guarduña; Melquiades es un león... para el descanso; Casiano estar gallina; Petra es una paloma; Pepe corre más que una liebre.

D. Antonio es un líne; Juanito hace el oso; D. Benito es una águila en punto á cauterizar el hocico de tenca; D. Calixto ha construido un palacio en que predominan las aberturas de ojo de buey; á Lucas le aplicaron una mosca de Milán; Don Sebastián es un lagarto; Pelayo anda en pos del vino como un mosquito.

Tenemos la mariposa de noche; la hélice de los vapores, la escalera de caracol, la concha de San Sebastián, la válvula de seguridad, el torpedo de la raya, el hombre chinchoso y en catalán las xinetas de las lámparas de noche y desujetar las cartu-

linas. Concluyamos con la sirena de los vapores y el diablo de las eras. (Seguiremos)

Tan miserable es la condición humana que los hombres tienen que buscar en la sociedad consuelos á los males de la naturaleza, y en la naturaleza consuelo á los males de la sociedad, sin encontrar, lo más á menudo, ni los unos ni los otros.

## FRASE HECHA



## CHARADA

Igual prima tres ó roma según dice la Academia; dos primera aquel que pega por censal unas monedas; al menos eso decían los hombres de la edad media; tres primera á una persona quien la tilda ó la moteja. Total es la mancha roja que alguna muchacha enferma en la encendida mejilla como signo insano muestra.

## JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

### Mineral D bebida

Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior  
Charada.—Fileteador.  
Jeroglífico comprimido.—Catástrofe.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid